

A colorful illustration of a school scene. In the foreground, a young girl with dark skin and curly hair, wearing a blue hoodie and a brown jacket, looks slightly annoyed. She is holding a brown bag with a smiley face and a heart. To her left, a girl with glasses and a pink scarf looks angry. In the background, other children are walking, and a basketball hoop is visible. A large sign at the top reads "DOÑA PROBLEMAS, salvadora del colegio".

DOÑA PROBLEMAS,
*salvadora
del colegio*

El Hematocrítico
Ilustraciones de
Paco Roca

ANAYA

*Doña Problemas,
salvadora del colegio*

© Del texto: El Hematocrítico, 2024
© De las ilustraciones: Paco Roca, 2024
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Asesoramiento literario: Leticia Costas

1.ª edición, abril 2024

ISBN: 978-84-143-3457-7
Depósito legal: M-4097-2024

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

El Hematocrítico

Doña Problemas, salvadora del colegio

Ilustraciones de Paco Roca



ANAYA

Para Isabel y Manuela.
El Hematocrítico

*A Hematocrítico, que nos regaló
momentos felices con sus historias.*
Paco Roca

1. UN ESTUCHE COLGANDO EN UNA CORNISA

Una mañana de lunes bastante fría, en una esquina del recreo donde no llegan los pelotazos, mis amigos y yo estábamos celebrando una derrota. No es habitual estar felices por un fracaso como el que indudablemente acabábamos de sufrir, pero no os preocupéis por nosotros. Nos sentíamos bien. Habíamos quedado cuartos en las votaciones provinciales del campeonato de coreografías de fans de nuestro grupo favorito, BRX71, y como era el primer año que lo intentábamos estábamos verdaderamente felices. Nos reíamos, nos abrazábamos, bromeábamos y empezamos a planificar cómo iba a ser la coreografía con la que nos

presentaríamos al concurso del año que viene, cuando Hugo, que no se caracteriza precisamente por su sutileza, señaló a dos niños de primero de primaria que estaban en una esquina.

—¡Mirad a esos dos zoquetes!

Le iba a decir a mi amigo Hugo que no está bien hacer ese tipo de comentarios sobre niños tan pequeños, pero aquí tenía que darle la razón. Verdaderamente parecían dos zoquetes. Los dos chavales estaban lanzando un estuche al aire, tratando de que se quedase enganchado en una cornisa, fracasando y volviéndolo a intentar. Una y otra vez. Gritaban. Decían «uuuuuuy» y repetían el lanzamiento.

—Ah, la juventud —dijo Raquel, una de mis amigas—. Quién tuviera la inocencia de poder pasar un recreo perdiendo el tiempo con chorradas como esa.

—Podemos hacer lo que nos dé la gana en el recreo —hablaron Amalia y Amelia, las gemelas—. ¿Quién lo impide?

—¡Claro! Si queremos, podemos intentar nosotros ese juego. Parece más

divertido que bailar o jugar al fútbol —comenté. Y todos se rieron porque eran mis amigos.

Pero eso es verdad, eso es lo bueno de los recreos. Nosotros nos dedicamos a practicar nuestras coreografías, esos niños hacían el zoquete, otros juegan al fútbol..., puedes hacer lo que te dé la gana.

En ese momento, uno de los niños pequeños empezó a llorar, a gritar y a patallar. Una rabieta tan enorme, tan intensa, que yo no podía ignorarla.

—¿A dónde vas, Juan? —me preguntó Hugo cuando empecé a caminar hacia ellos.

—Voy a enterarme de qué ocurre; me da pena ver llorar a alguien tan pequeño.

—Hay cosas que nunca cambian, ¿eh? —me dijo Amalia—. Anda, Juan, ve para allá.

Confieso que no soy capaz de ver a alguien pasarlo mal sin preguntarle cómo se encuentra, así que me acerqué. Y he de decir que los decibelios alcanzados

por el volumen de esa rabieta eran espectaculares. Casi no pude ni hacerme oír.

—Hola, amigos —dije bajo el griterío.

—¡BUAAAAAAAAH! —chilló el que lloraba.

—¡Hola! —respondió el otro, más tranquilo.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué llora? —le pregunté.

—Es que se le acaba de quedar el estuche enganchado en esa cornisa.

—Ya veo... ¿Y qué es lo que hacíais?

—Estábamos jugando a lanzar el estuche a la cornisa.

Me quedé callado para ver si así conseguía que ellos mismos se dieran cuenta de lo absurdo de lo que me estaban contando.

—¡Es mi estuche de clase! Tengo todos los lápices, las tijeras... La profe me va a reñir. ¡Y mi madre! —sollozó el principal afectado.

—En el estuche está todo lo que necesita, se la va a cargar—añadió su amigo,



como queriendo hacerle más daño con su observación.

—¿Y entonces por qué estabais lanzando el estuche a la cornisa?

—Porque estábamos jugando a lanzar el estuche a la cornisa —explicó el que no lloraba, con un tono de voz que daba a entender que creía que yo era un poco memo—. ¿Nos vas a ayudar a cogerlo o te vas a quedar ahí preguntando tonterías?

10

—Yo soy mayor que vosotros, pero no soy un gigante. No podría alcanzar esa cornisa de ninguna manera.

—¡Buaaaaah! ¡BUAAAAAAAH!

Increíblemente, todavía se podían aumentar los decibelios. El volumen alcanzó el nivel de «avión despegando».

—¿Cómo os llamáis? —les pregunté.

—Yo soy Raúl, el que llora es Alan —me contestó el que no lloraba.

—Yo me llamo Juan. ¡Venid conmigo, anda! —les dije, intentando tranquilizarlos—. No te preocupes, vas a volver a clase con tu estuche.

—¿Cómo? ¿Qué vamos a hacer?

Los cogí de la mano y los llevé al fondo del recreo, cerca de donde se aparcan las bicicletas.

—Os voy a presentar a una amiga.